

# 1

---

## Green Team

Notaba cómo el sudor me resbalaba por la espalda y me empapaba la camisa. Iba avanzado lentamente por el pasillo de la *kill house*\* de nuestro centro de instrucción en Misisipi.

Era en 2004, siete años antes de ir a Abbottabad (Pakistán) a bordo de un Black Hawk, en la operación especial de asalto más histórica de toda la historia. Yo participaba en el curso de selección y entrenamiento para el Team Six (Equipo Seis) de los SEAL, el DEVGRU (Grupo de Desarrollo de las Operaciones Especiales de la guerra naval estadounidenses). Este curso de selección, de nueve meses, solía denominarse Green Team (Equipo Verde), y era el único obstáculo que se alzaba entre mi persona y los otros candidatos para ascender al DEVGRU de élite.

El corazón me latía acelerado y tenía que parpadear para quitarme el sudor de los ojos mientras seguía a mi compañero hacia la puerta. Respiraba fuerte y con dificultad, a la vez que trataba de expulsar de mi mente los pensamientos superfluos. Estaba nervioso y tenso; y así es como se cometían los errores. Necesitaba concentrarme, pero hubiera lo que hubiese dentro de la habitación en la que estábamos a punto de entrar, se quedaba en nada al lado del cuadro de instructores que nos observaban desde el puente.

Todos los instructores eran destacados veteranos de combate del propio DEVGRU. Escogidos para formar a los nuevos miembros, tenían mi futuro en sus manos.

—Concéntrate en llegar hasta la comida —me susurraba a mí mismo.

Era la única forma de controlar mi ansiedad. En 1998, superé el curso básico de demolición submarina para SEAL (conocido como BUD/S, por sus

\* Instalación que recrea ambientes de interior para que los soldados puedan formarse en el combate en esa clase de espacios. Véase más adelante. (*N. de los t.*)

siglas inglesas) centrándome en llegar solo hasta la próxima comida. No importaba que no me sintiera los brazos mientras llevábamos troncos sobre la cabeza o si el frío oleaje me calaba hasta los huesos. No duraría para siempre. Hay un dicho que pregunta: «¿Cómo te comerías un elefante?» La respuesta es sencilla: «Mordisco a mordisco». La única diferencia era que mis mordiscos estaban divididos en comidas: llegar al desayuno, entrenar duro hasta la comida y concentrarme hasta la cena. Y así una y otra vez.

En 2004, yo ya era un SEAL, pero entrar en el DEVGRU sería la cima de mi carrera. Como unidad antiterrorista de la Armada, el DEVGRU protagonizaba misiones de rescate de rehenes, perseguía a los criminales de guerra y, desde los ataques del 11 de septiembre, daba caza y mataba a los mercenarios de Al-Qaeda en Afganistán y en Iraq.

Pero superar el Green Team no tenía nada de fácil. A mí ya no me bastaba con ser un SEAL. En el Green Team, pasar pelado suponía fracasar y el segundo lugar era el del primer perdedor. No se trataba de conseguir los mínimos, sino de pulverizarlos. El éxito, en el Green Team, suponía controlar el estrés y alcanzar el máximo rendimiento en todo momento.

Antes de cada día de formación, realizábamos un entrenamiento físico extenuante, consistente en carreras de larga distancia, flexiones de brazos en el suelo, flexiones en la barra fija y cualquier otra cosa que los sádicos instructores pudieran inventarse. Empujábamos coches y, en muchas ocasiones, incluso autobuses. Cuando llegamos a la *kill house* —una construcción diseñada ex profeso para el entrenamiento militar, a prueba de balas, formada por pasillos y habitaciones que se usaban para ensayar combates cuerpo a cuerpo—, ya teníamos los músculos muy cansados y doloridos. El objetivo era cansarnos hasta simular el estrés de una misión real, antes de probarnos en un entorno táctico exigente.

No había tiempo de echar un vistazo a los instructores mientras avanzábamos por el pasillo. Era el primer día de instrucción y todo el mundo tenía los nervios de punta. Habíamos empezado el entrenamiento del combate cuerpo a cuerpo a cuerpo tras un mes entero de formación de paracaidismo de gran altura en Arizona. Allí también se hizo evidente la necesidad de rendir a tope, pero cuando llegamos a Misisipi, se disparó.

Aparté de la cabeza aquella angustia y me concentré en la puerta que tenía ante mí. Era de contrachapado fino, sin picaporte. Estaba aporreada y rota, por los equipos anteriores, y mi compañero la abrió con facilidad con la mano enguantada. Nos detuvimos un segundo en el umbral, buscando los objetivos con la vista, antes de entrar.

La habitación era cuadrada, con paredes rugosas hechas con viejas traviesas de ferrocarril, para que absorbieran los disparos de las armas. Podía oír a mi compañero entrando por detrás de mí, mientras yo dibujaba un arco con mi fusil, en busca del objetivo.

Nada. La habitación estaba vacía.

—Avanzo —dijo mi compañero al tiempo que entraba en la estancia para despejar una esquina.

Instintivamente, me coloqué en posición para cubrirlo.

En cuanto empecé a moverme, oí cierto murmullo sobre nosotros, en las vigas. No podíamos detenernos, pero yo sabía que uno de los dos había cometido un error. Durante un segundo se me disparó el nivel de estrés, pero pronto me lo quité de la cabeza. No había tiempo de preocuparse por los errores. Quedaban habitaciones por despejar. No podía preocuparme por las equivocaciones de la primera habitación.

Volvimos al pasillo y entramos en la siguiente sala. Vislumbré dos blancos nada más entrar. A la derecha, vi la silueta de un matón con un pequeño revólver en la mano. Llevaba una sudadera y parecía un maleante sacado de una película de los años setenta. A la izquierda, se distinguía la silueta de una mujer que sostenía un bolso de mano.

Disparé contra el maleante a los pocos segundos de entrar en la habitación. La bala acertó de pleno. Avancé hacia él al tiempo que disparaba algunas balas más.

—Despejado —dije yo, y bajé la boca de mi arma.

—Despejado —respondió mi compañero.

—Pónganlos a salvo y déjenlos colgando —dijo uno de los instructores, desde arriba.

Había al menos seis instructores observándonos desde lo alto, desde una pasarela que recorría la *kill house* por arriba. Podían caminar sin riesgo por las pasarelas, vernos mientras nosotros despejábamos las habitaciones y, así, juzgar nuestra actuación. Buscaban hasta el menor de los errores.

Puse el seguro al fusil y me lo colgué a un lado del cuerpo. Con la manga, me sequé el sudor de los ojos. Aún me latía el corazón con fuerza, pese a que habíamos terminado. Los escenarios de entrenamiento eran muy sencillos. Todos sabíamos despejar habitaciones. Lo que nos distinguiría a unos de otros sería el modo en que despejásemos perfectamente una sala en una situación que imitaba el estrés de combate.

No había margen de error y, en aquel momento, yo no sabía con seguridad dónde habíamos fallado.

—¿Qué ha pasado con tu aviso de avance? —me dijo Tom, uno de los instructores, desde la pasarela.

No respondí. Asentí, sencillamente. Sentí vergüenza y decepción. Había olvidado dar la señal de avance a mi compañero, al entrar en la primera habitación, lo cual representaba una violación de la seguridad.

Tom era uno de los mejores instructores del curso. Su figura era muy fácil de reconocer porque tenía una cabeza enorme. Era gigantesca, como si albergara un cerebro grandísimo. Era su único rasgo físico distintivo; por lo demás, no llamaba la atención porque era apacible y parecía no enfadarse jamás. To-

dos lo respetábamos, porque era firme y justo al mismo tiempo. Cuando alguien cometía un error en su presencia, era como haberlo defraudado. Y en su cara yo podía leer la decepción que le había causado.

Sin gritarme.

Sin chillarme.

Con la sola mirada.

Vi cómo, desde arriba, me lanzaba esa mirada de: «¿En serio, tío? ¿Eso has hecho?».

Yo quería hablar o, al menos, intentar explicarme; pero sabía que no querían oírme. Si ellos decían que alguien se equivocaba, es que se equivocaba. De pie allí abajo, en la habitación vacía, no había lugar a discusiones ni explicaciones.

—De acuerdo, lo apunto —contesté, indefenso y furioso conmigo mismo por haber cometido un error tan básico.

—Necesitamos más que eso —me dijo Tom—. Supéralo. Ve a la escalera.

Agarré el fusil, salí trotando de la *kill house* y eché a correr hacia una escalera de cuerda colgada de un árbol, a unos 300 metros de altura. A medida que ascendía por los travesaños de la escalera, uno a uno, me iba sintiendo cada vez más pesado. No era la camisa empapada en sudor o los 27 kilos de chaleco y equipo pegados al pecho.

Era el miedo al fracaso. A lo largo de mi carrera como SEAL, yo no había fracasado nunca.

Cuando llegué a San Diego, seis años antes, para la formación en el curso de BUD/S, nunca dudé de que lo conseguiría. Muchos de mis compañeros, de los otros candidatos que accedieron a la instrucción conmigo, fueron eliminados o se marcharon. Algunos no pudieron soportar las brutales carreras por la playa, o les vencía el pánico en los entrenamientos de buceo.

Como tantos otros alumnos del BUD/S, yo tenía claro que quería ser un SEAL desde los trece años. Había leído todos los libros que pude conseguir sobre los SEAL, seguí las noticias durante la Operación Tormenta del Desierto, atento a cualquier mención que se hiciera de ellos, y soñaba despierto con emboscadas y con aparecer en la playa en una misión de combate. Quería hacer todo lo que, desde pequeño, había leído en los libros.

Cuando hube terminado mis estudios en un pequeño centro de California, ingresé en el BUD/S y conseguí mi tridente SEAL en 1998. Tras estar destinado seis meses en los países de la costa del Pacífico y otro despliegue de combate en Iraq, en 2003-2004, estaba preparado para algo nuevo. Tuve noticia del DEVGRU durante mis dos primeros destinos. El DEVGRU era una colección de lo mejor que la comunidad SEAL podía ofrecer, y yo supe que jamás podría vivir tranquilo hasta que lo intentase.

Esta unidad antiterrorista de la Armada estadounidenses se creó a consecuencia de la Operación Garra de Águila, la misión que el presidente Jimmy Carter ordenó ejecutar en 1980 para rescatar a cincuenta y dos estadounidenses que permanecían presos en la embajada de Estados Unidos en Teherán (Irán); y que terminó en fracaso.

Tras la misión, la Armada se dio cuenta de que necesitaba una fuerza capaz de realizar con éxito aquel tipo de misiones especializadas y encargó a Richard Marcinko que desarrollase una unidad antiterrorista marítima, denominada SEAL Team Six (Equipo Seis). El grupo llevaba a cabo rescates de rehenes, además de infiltrarse en los países enemigos, en buques, bases navales y plataformas petrolíferas. Con el tiempo, las misiones se diversificaron y asumieron tareas para impedir la proliferación de armas de destrucción masiva.

En el momento en que Marcinko tomó el mando, solo existían dos equipos SEAL, y lo de «número 6» se escogió para que los soviéticos pensasen que la Marina tenía más grupos similares. En 1987, el SEAL Team Six se convirtió en el DEVGRU.

La unidad empezó con setenta y cinco hombres, escogidos uno a uno por Marcinko. Ahora, todos los miembros de la unidad son cuidadosamente seleccionados de entre los otros equipos SEAL y de las unidades del cuerpo de artificieros (EOD, en sus siglas inglesas). La unidad ha crecido de forma significativa, y cuenta con numerosos equipos de actuación, además del personal de apoyo; pero el concepto sigue siendo el mismo.

La unidad forma parte del Mando Conjunto de Operaciones Especiales (JSOC, en sus siglas inglesas). El DEVGRU colabora muy estrechamente con otros equipos de actuación especial de Estados Unidos, como los Delta Force del ejército de Tierra.

Una de las primeras misiones del DEVGRU fue en 1983, durante la operación Furia Urgente. Miembros de la unidad rescataron al gobernador general de Granada, Paul Scoon, durante la invasión del pequeño país caribeño que encabezó Estados Unidos después de que los comunistas tomaran el poder. A Scoon amenazaban con ejecutarlo.

Seis años después, en 1989, el DEVGRU se unió al Delta Force para apresar a Manuel Noriega en la invasión de Panamá.

Los miembros del DEVGRU formaron parte de la misión capitaneada por Estados Unidos en octubre de 1993, con el fin de capturar al caudillo somalí Mohamed Farrah Aidid, misión que acabó convirtiéndose en la batalla de Mogadiscio. La batalla se describe en el libro de Mark Bowden *Black Hawk derribado*.

En 1998, el DEVGRU persiguió a criminales de guerra bosnios, incluido Radislav Krstić, el general bosnio al que luego se acusó por su implicación en la masacre de Srebrenica, de 1995.

Desde el 11 de septiembre de 2001, los miembros del DEVGRU participaron en un ciclo de despliegues en Iraq y Afganistán, con el objetivo puesto

en Al-Qaeda y los comandantes talibanes. El comando recibió orden de introducirse de inmediato en Afganistán, justo después del 11 de septiembre de 2001, y sus agentes fueron responsables de algunas de las misiones más complicadas, como el rescate de Jessica Lynch en Iraq, en 2003. Misiones como esta y el hecho de que ellos son los primeros a quienes se llama fue lo que me motivó.

Antes de poder examinarse en el Green Team, hay que ser un SEAL, y la mayoría de candidatos suele haber realizado dos despliegues. Esto significa, generalmente, que el candidato dispone de la habilidad y experiencia necesarios para terminar el curso de selección.

Mientras ascendía por los travesaños de aquella escalera, bajo el calor de Misisipi, no podía dejar de pensar en cómo había estado a punto de suspender el propio proceso de selección, de tres días, antes incluso de empezar el curso en sí.

Las fechas de la prueba coincidían con el entrenamiento de combate terrestre de mi unidad. Yo estaba en el campamento de Pendleton, en California, oculto tras un árbol, observando a los marines mientras estos construían un campamento base. Era 2003 y hacía una semana que había empezado el bloque de instrucción de reconocimiento, cuando recibí órdenes de regresar a San Diego para empezar la prueba de tres días. Si tenía la gran suerte de que me seleccionasen, comenzaría el entrenamiento de nueve meses en el Green Team. Y si conseguía superar esta última prueba, ingresaría en las filas del DEVGRU.

Yo era el único de mi sección que lo intentaría. También iba a la prueba un amigo de otra sección. Mientras estábamos de camino, ambos nos lavamos la cara para quitarnos la pintura verde. Vestidos aún con nuestros uniformes de camuflaje, olíamos a sudor y a repelente de insectos, tras pasar varios días en el campo. Me dolía el estómago, después de haberme alimentado solo de raciones de campaña (las conocidas como MRE), e intenté hidratarme sorbiendo agua mientras conducíamos. No estaba en las mejores condiciones físicas, pero sabía que la primera parte de la prueba consistía en exámenes de esa clase.

A la mañana siguiente, estábamos en la playa. El sol asomaba por el horizonte cuando terminé la carrera, de 6 kilómetros y medio. Tras un breve descanso, me uní al resto de candidatos (unas dos docenas) en una línea dibujada sobre un suelo de cemento. Soplabra brisa del Pacífico y aún quedaba en el aire cierto frescor de la noche precedente. En cualquier otro momento, habría sido un hermoso amanecer en la playa. Pero yo ya estaba cansado, después de la carrera, y aún nos quedaban las flexiones, las abdominales y los ejercicios en la barra, antes de nadar.

Superé sin dificultades la prueba de flexiones, pese a la quisquillosa inspección del instructor a cada repetición. Todos los ejercicios tenían que ser

perfectos, o no contaban. Me giré de espaldas y me preparé para la prueba de abdominales.

Estaba verdaderamente cansado cuando acabé con las primeras.

El tiempo que había pasado en el campamento no había ayudado a mi capacidad de resistencia. Empecé con buen ritmo, pero lo perdí cuando el instructor se detuvo a mi lado y comenzó a repetir algunos de los números de mis ejercicios.

—Diez, diez, diez —decía—. Diez, once, doce, doce.

Mi técnica no estaba siendo impecable. Él repetía los números de las que no eran perfectas. Cada vez que él repetía un número, yo me avergonzaba aún más. Me estaba cansando, pero sin conseguir acercarme más al nivel que exigía la prueba.

—Un minuto.

Cuando llegó el aviso, yo iba bastante atrasado y me estaba quedando sin tiempo a pasos agigantados. Si fallaba en las abdominales, se acabó. La inseguridad fue ganando terreno en mi mente. Empecé a pensar en excusas idiotas, como que estaba mal preparado porque había estado entrenando con mi unidad, en lugar de prepararme para esta prueba.

—Treinta segundos.

Cuando solo quedaba medio minuto, aún iba diez abdominales por debajo del mínimo exigido. A mi lado, otro tipo ya había superado esta cifra y seguía subiendo lo más rápido que podía. La cabeza me daba vueltas y no podía creer que estuviera fallando. Me obligué a expulsar de mi cabeza aquellas ideas venenosas y me concentré en la técnica. Al poco ya recuperaba terreno.

—Diez segundos.

Estaba cerca. Me dolía el estómago. Jadeaba. El miedo sustituyó a la fatiga. Estaba en estado de *shock*. No podía fallar. En ningún caso podría volver a mi sección sabiendo que ni siquiera había superado la prueba física.

—Cinco, cuatro, tres...

En el momento en que el instructor anunció el final, terminé mi última abdominal. Pasé por los pelos: superé el mínimo por dos miserables abdominales. Estaba agotado, pero aún me quedaban las flexiones en la barra. Mientras caminaba hacia la barra, haberme visto tan cerca del fracaso me asustó e hizo que me subiera la adrenalina, de modo que pude superar las flexiones de barra sin problemas.

La última prueba era de natación, en la Bahía de San Diego. El agua estaba tranquila. Llevábamos trajes de neopreno, así que no noté que el agua estuviera fría. Empecé fuerte. Uno de los chicos que se presentaba al examen había sido nadador de la Academia Naval y me sacaba un buen trecho, pero yo iba en segundo puesto. Seguí tirando hacia delante, pero tenía la sensación de ir despacio. Era como si nadase dentro de una rueda de molino.

Cuando llegué a la meta, los instructores me dijeron que no lo había logrado. Resultó que todo el mundo, salvo el nadador de la Academia, había sus-

pendido. Eso llamó la atención de los instructores, que revisaron el calendario de mareas. Tras un rápido estudio de las corrientes, nos dijeron que habíamos estado nadando contracorriente.

—Mañana repetiremos toda la prueba —nos comunicaron, para mi alivio.

Parte del reto está en que, para cuando llegas a cada ejercicio, ya estás cansado. Por lo tanto, no podíamos repetir la prueba de natación sin más. Yo sabía que debería realizar otra vez las abdominales y, en el fondo, era consciente de que no me pondría a tono en una noche.

Era una cuestión psicológica.

Al día siguiente, entré decidido a no perder comba, y conseguí una puntuación que me permitía aprobar el corte. Pero sabía que no era una gran puntuación y me preocupaba cómo me recibirían en la prueba oral, al día siguiente. Haber superado el nivel mínimo no significaba nada, en el conjunto del programa. Se trataba de un curso de selección para escoger a los mejores de entre los mejores, y yo no estaba demostrando a los instructores que estuviera preparado.

Llegué a la entrevista temprano, vestido con mi uniforme azul y todas mis condecoraciones y medallas. Me había cortado el pelo el día anterior y me aseguré de llevar un afeitado apurado. Parecía una ilustración sacada de un manual sobre uniformes. Aquel era uno de los pocos días en los que era importante para un SEAL llevar un corte de pelo reciente, unos zapatos brillantados y un uniforme planchado. Al menos, los instructores tendrían algo menos con lo que meterse durante la reunión.

Dentro de la sala de conferencias, en el otro extremo, había una mesa larga. Sentados ante ella había media docena de capitostes, un psicólogo que nos había examinado el segundo día de las pruebas y un asesor laboral. Frente al tribunal había una única silla. Caminé hacia el interior de la habitación y me senté.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, se turnaron para interrogarme. Jamás me había visto sometido a tanta presión. Yo ignoraba que, antes de mi llegada, el tribunal ya había hablado con mi jefe de sección y mi comandante en el SEAL Team Five (Equipo Cinco). Ya tenían una idea de quién era yo; ahora tenían la oportunidad de evaluarme en persona.

Aún hoy no puedo recordar quién estaba en mi tribunal. Para mí, no eran más que agentes de alto rango con mi futuro en sus manos. De mí dependía convencerlos de que me seleccionasen.

Pero los pobres resultados de mi examen físico no me ayudaban.

—¿Sabe usted a qué opta? —me preguntó uno de los jefes—. ¿Sabe usted qué intenta lograr? Esta ha sido la prueba de ingreso. Se quiere preparar para jugar en el primer equipo y ¿esto es todo lo que nos muestra?

No vacilé. Sabía que me iban a dar por este lado y que solo tenía una carta para responder.



—Asumo toda la responsabilidad —dije yo—. Me avergüenza sentarme aquí habiendo logrado este resultado en las pruebas físicas. Todo lo que puedo decirles es que si me presento aquí, si me seleccionan, esos resultados no se repetirán jamás. No les voy a dar excusas. Ha sido cosa mía. Cosa mía y de nadie más.

Escruté sus rostros para ver si me habían creído. No dieron muestras de nada. Todo eran miradas vacías. Prosiguió la descarga de preguntas, preparadas para desestabilizarme. Querían comprobar si podía mantener la compostura. Si no podía sentarme en una silla y responder a preguntas como ¿qué iba a hacer bajo el fuego? Si querían que me sintiese incómodo, lo consiguieron; pero por encima de todo, me sentía avergonzado. Allí estaban los hombres a quienes admiraba y aspiraba a emular; y allí estaba yo también, un joven SEAL que apenas había superado la prueba de abdominales.

Al final de la entrevista, me ordenaron que me retirara.

—Durante los siguientes seis meses le haremos saber si ha sido seleccionado.

Al salir de la habitación, creí tener un cincuenta por cien de posibilidades de conseguirlo.

De vuelta en el campamento de Pendleton, me embadurné la cara con pintura verde y entré disimuladamente en el campo para unirme a mis compañeros en los últimos días de entrenamiento.

—¿Cómo fue? —me preguntó mi jefe cuando me uní al equipo.

—No lo sé —le respondí.

No le conté a nadie nada de la prueba física. Sabía que había muchas probabilidades de no superarla.

Me encontraba en pleno despliegue con el SEAL Team Five en Iraq cuando recibí, por fin, las noticias. Mi jefe de sección mandó llamarme al centro de operaciones.

—Has pasado la prueba —me dijo—. Recibirás órdenes para entrar en el Green Team cuando volvamos.

Quedé conmocionado, porque me había ido preparando para lo peor. Me había metido en la cabeza que tendría que presentarme otra vez. Ahora que me habían seleccionado, estaba obligado a no cometer los mismos errores. Sabía que me presentaría al Green Team preparado.